

SOPHIE DE GROUCHY Y LA REVOLUCIÓN DE LA SIMPATÍA

Es lamentable que la escasa atención hasta ahora dirigida a una autora poseedora de tantos matices como Sophie de Grouchy haya pretendido limitar su figura a la faceta de pensadora protofeminista, en aras de convertirla en heraldo de una causa cuya agenda y horizonte actuales difícilmente podrían reconocer sus puntos de vista como elemento funcional. Hacer historia de la filosofía no se beneficia de tales regates de corto alcance. Es bien sabido el daño que el manejo de tales supuestos ha supuesto para una delimitación seria y sosegada del canon filosófico en lengua española, pero tal epistemología de juzgado de guardia, que en ocasiones coincide tristemente con la hegemonía y el poder académicos, no debería impedir que nos aproximemos a la obra de uno de los personajes menos visitados de la Ilustración francesa, como es el caso de Sophie de Grouchy, con la debida libertad de palabra y de ánimo, disposiciones en las que nuestra autora nunca dejó de reconocerse, aun en los tiempos más sombríos del terror jacobino que le tocó padecer. La denuncia de la situación de la mujer aparece con fuerza en el texto de De Grouchy, pero también la convicción de que son las madres quienes tienen ante sí la delicada tarea de enseñar a sentir a sus hijos, cultivando en sus corazones la capacidad de trasladarse a las perspectivas adoptadas por otros.

Uno de los momentos de mayor intensidad de sus *Cartas sobre la simpatía* recoge un recuerdo emocionado de la deuda contraída con la madre, quien infundió a nuestra autora la receptividad hacia el sufrimiento ajeno. Sin duda sería cabal proceder a una lectura en clave feminista de *Cartas sobre la simpatía*, que nos ofrece en primorosa edición castellana Ricardo Hurtado Simó, especialista en la obra y pensamiento de De Grouchy, pero lo que parece movilizar a nuestra autora, más que una mera reivindicación de la independencia civil de las mujeres, es la reclamación de la cercanía de la población femenina a un hecho universal que la educación y las instituciones sociales han consentido en eclipsar, a saber, la facultad para conmoverse ante la presencia y vicisitudes ajenas, de ponerse en el lugar del otro en el sentido más literal del término. Puede tener su importancia que algunos profesionales de la filosofía sigan bregando por ampliar la colección

de *bibelots* que generalmente legitima su actividad profesional, y De Grouchy podría ser una candidata atractiva para incrementar ese museo de cera, siempre que por ello no se silencie la aportación intelectual quizás más relevante de la obra de la que hablamos, a saber, su enfrentamiento cuerpo a cuerpo con las tesis de Adam Smith sobre la naturaleza y límites de la simpatía, que a De Grouchy se le antojan insuficientes para dar cuenta del proceso moral más significativo para la existencia humana y el cultivo de una cultura no enemistada con el desarrollo humano. Desde la carta I se despeja, en efecto, cuál será la diana de buena parte de las argumentaciones presentes en la obra:

Sabes que la materia de los capítulos iniciales del libro de Smith versa sobre la simpatía. Smith se limita a remarcar su existencia y mostrar sus efectos principales. Lamento que no haya ido más allá, que no penetre a su causa primera, para mostrar en definitiva, cómo la simpatía debe pertenecer a todo ser sensible y capaz de reflexión. Podrás comprobar cómo yo he tenido la osadía de completar sus omisiones.

La simpatía es la disposición que tenemos para sentir de manera semejante a la de otro.

La réplica a Smith —el objetivo de «completar sus omisiones»—, cuya *Teoría de los sentimientos morales* De Grouchy había traducido al francés en los años más convulsos de la Revolución francesa, ocupa así el centro del tablero de las cartas,¹ toda vez que la elección de la analogía óptica y física procurada por la imaginación como medio más oportuno para esquematizar las relaciones humanas es enjuiciado por la autora como una ocasión perdida en la tarea de plasmar conceptualmente los procesos que se desarrollan en el interior de los cuerpos. Frente al elogio smithiano de las distancias, De Grouchy animará a descubrir en el interior de cada individuo una capacidad innegable para desplazarse con el sentimiento —no directamente con la reflexión— al ánimo de los otros, conducta que estará dotada de consecuencias sumamente provechosas para el fomento de la paz civil. Resulta llamativo en este contexto cómo, de nuevo contraria-

¹ Adam Smith, *Teoría de los sentimientos morales*, libro I, «De la corrección de la conducta», sec. 1, «De la simpatía», trad. de C. Rodríguez Braun, Madrid, Alianza, pp. 49-50, 52: «Como carecemos de la experiencia inmediata de lo que sienten las otras personas, no podemos hacernos ninguna idea de la manera en que se ven afectadas, salvo que pensemos cómo nos sentiríamos nosotros en su misma situación. Aunque quien esté en el potro sea nuestro propio hermano, en la medida en que nosotros no nos halleemos en su misma condición nuestros sentidos jamás nos informarán de la medida de su sufrimiento. Ellos jamás nos han llevado ni pueden llevarnos más allá de nuestra propia persona, y será sólo mediante la imaginación que podremos formar alguna concepción de lo que son sus sensaciones».

mente a Smith, para De Grouchy la vida moral no comienza con la reflexión ni la imaginación, sino directamente con la sensibilidad, un complejo dispositivo afectivo que nos vincula sin que a menudo lo deseemos a la existencia sensible del prójimo. Puede leerse así en la carta III lo siguiente acerca del carácter casi involuntario con que la simpatía deja sus primeras huellas en nuestro espíritu:

Podemos decir que la amistad empieza antes de que la propia amistad haya aparecido, y en algún sentido, tan pronto como podemos presagiar su existencia. Ciertamente, tan pronto como podemos concebir la idea de un ser que puede ser de nuestro gusto y que es capaz de profundas y delicadas afecciones, experimentamos un sentimiento delicioso porque formamos en nuestra alma una idea de ternura que la amistad ha podido ubicar en nosotros. Este sentimiento es ya una satisfacción, y aquí está el por qué: dado que nos consideramos seres sensibles ante el dolor y el placer físico, el exclusivo placer de amar y ser amado nos proporciona felicidad.

No se presenta por tanto a la simpatía como un dispositivo recóndito y cuyos elementos nos resulten desconocidos, no así sus efectos, al modo de lo que ocurre en el planteamiento smithiano. La carta VI de De Grouchy pone de manifiesto que hablamos de una capacidad cuya fuerza radica en estar vertida al exterior y en actuar sin tapujos. No hay que fingir por ello hipótesis alguna tras la simpatía, pues —como la caridad del cristiano paulino— todo lo muestra, sin tapujos, exigiendo de los seres humanos el ejercicio de una unión que somete los intereses materiales al deseo de sentirse reconocido como persona por quienes nos rodean. Así en la carta VI De Grouchy afirmará ante su cuñado e interlocutor poético de la obra:

Necesitamos rechazar, mi querido Cabanis, esta peligrosa predilección de suponer un *sentido íntimo*, una facultad o principio siempre en acción, pues nos encontramos con un hecho que no podemos explicar.

A lo largo de las recomendaciones que De Grouchy dirige a cualquier lector interesado en profundizar en las bases sentimentales de toda convivencia destaca la voluntad de identificar, siguiendo la estela de un Rousseau hacia el que se trasluce auténtica devoción, una fuerza innata en todo ánimo humano y destinada a favorecer la unión espiritual y la comunicación de las maneras de sentir. A este respecto conviene subrayar que los posicionamientos de De Grouchy no coinciden exactamente con los principios de los sentimientos morales defendidos por Rousseau, que como Smith había hecho también de la imaginación —véase el *Emilio*— una capacidad para situarse con ayuda de la reflexión en las circunstancias aje-

nas, de suerte que cuanto menor fuera la amenaza de peligro o dolor personales para el sujeto, más capacitado se mostraría este para experimentar solidaridad y cercanía hacia otros individuos. Destaca por ello la originalidad de la noción de sentimiento de De Grouchy, que encuentra en esta disposición natural de los seres humanos la auténtica llave maestra para conformar una comunidad sentimental en condiciones de resistir frente a los excesos del amor propio y el afán de enriquecimiento y concentración personal del poder, vicios característicos del tiempo en que surgen las principales figuras de la Ilustración. La estela de Rousseau reaparece con todo en la postulación en las cartas de una suerte de conexión entre los sentimientos humanos y la percepción de una justicia universal que no siempre se compadece con la distribución social de los bienes, de suerte que sintamos displacer y aflicción ante fortunas desmedidas y contento hacia la promoción social de individuos inferiores a nosotros socialmente. Es indiscutible la potencia subversiva y genuinamente revolucionaria que se está asignando a la capacidad de comunicarse con otros en virtud del sentimiento. Lejos de constituir un reflejo de la ideología de una sociedad y una época, De Grouchy encuentra en la simpatía un impulso aún más poderoso que la pasión del orgullo, bastión de los intereses propios y el egoísmo personal:

[A] veces nos sentimos afligidos al ver hacer una fortuna extraordinaria a alguien que nos era indiferente, por diversos motivos: porque esta fortuna rompe la igualdad que había entre nosotros, porque destruye nuestra posición sobre él, o porque aspirábamos a lo mismo. Un hombre bastante inferior a nosotros puede entrar en una clase social más alta, aunque todavía lejana a la nuestra; la simpatía puede elevarse por encima del orgullo, lo que prueba que la simpatía existe incluso cuando es asfixiada por el interés personal; esto señala con verdad que, oprimida por este sentimiento tardío y solamente capaz de ser estimulada, seguimos mostrando la simpatía como una respuesta natural y apropiada.

La resonancia de la crítica social del discurso rousseauniano se deja escuchar en no pocas ocasiones a lo largo de las cartas. La autora traslada a un improbable público lector, en medio del fragor de una reacción que está segando las mejores cabezas y corazones de la Revolución, entre las que debe incluirse a su marido, el marqués Nicolás de Condorcet, que la gramática profunda del corazón, que el Terror solo ha embozado como un cielo severamente encapotado, contribuirá a emancipar a los seres humanos de la peor de las servidumbres, a saber, aquella que impide que los sentimientos naturales de empatía y solidaridad sigan su curso. De alguna manera es como si la conciencia de la necesidad del artificio para contra-

restar al mal, tan presente en Rousseau, no hubiese persuadido de su alcance a De Grouchy, que apuesta más bien por descubrir el estado de naturaleza salutífero que subyace a la existencia social. Quizás pueda calificarse de ingenua la propuesta, pero la perspicacia de nuestra autora salta a la luz cuando corresponde analizar los efectos perniciosos que la normatividad civil proyecta sobre la vida afectiva de varones y mujeres, toda vez que la sociedad pretende encerrar bajo cadenas de hierro perpetuos vínculos que resultan con frecuencia más pasajeros de lo deseable. Resulta admirable la precisión con que De Grouchy señala en la carta VII que la conducta sexual debería dejar de considerarse como expresión de la moralidad, defendiendo la autorización legal del divorcio, en tanto que medida tendente a evitar el taimado vicio de una hipocresía generalizada, mediante la que sencillamente se reconocería que una afinidad previamente existente dejó de funcionar:

Supongamos que el divorcio fuese permitido entre todas las personas, inclinándonos a las debilidades humanas y a las necesidades más persistentes de un género; supongamos como si fuese posible, igual que en Roma, formar uniones pasajeras que las leyes definan más que estigmaticen. De este punto en adelante, contemplemos que la mayoría de las injusticias ocasionadas por amor (o al menos por la degradación del amor) que se pudieran cometer no tendrían ya sentido, y simultáneamente la propia pasión, a través de la facilidad en satisfacerla perdería la peligrosa fuerza almacenada por esos numerosos obstáculos.

De lo anterior se sigue con evidencia que para De Grouchy las reglas sociales deben someterse a las leyes del corazón, justamente para evitar que las instituciones que han pervertido al amor de sí, proceso del que levanta acta cuidadosamente Rousseau, logren convencernos de que no hay otra manera de enfrentarse a la distancia que nos separa del otro que la que se guía por un craso egoísmo. Por el contrario, la «imaginaria y mercurial existencia» generada por las virtudes públicas difundidas por el Antiguo Régimen queda reducida a un pálido reflejo de lo que es capaz un ser humano una vez confrontada con la existencia pacífica y comprensiva del exterior que vehicula la simpatía, mediante la cual el sujeto confirma querer abrirse a lo que lo rodea y ser recibido a su vez por los demás. La última carta de De Grouchy —la VIII— abunda precisamente en estas consideraciones:

No solo los errores de las instituciones sociales hacen a los hombres casi indiferentes para realizar los deberes más sagrados. Restringen todo interés firme en realizar esos deberes en un pequeño número de seres sen-

sibles para los cuales las recompensas de su existencia son necesarias y llevan en ellos mismos una indeleble atracción por todo lo perteneciente a la virtud; sin embargo, por medio de necesidades contrarias a la naturaleza, las instituciones han creado y han debilitado uno de los más poderosos motivos que pueden conducir a una conducta honesta, es decir, gozar de la paz doméstica; en primera instancia, a través de exageradas recompensas y por medio de injustas y embriagadoras distinciones, exaltan el amor propio hasta el punto de convertirlo en una pasión dominante y hacerla capaz de silenciar el más poderoso y más delicado de los sentimientos; en segundo lugar, hacen descarriar, corrompen y ciegan el orgullo al asociar laureles propios, grandes hechos y virtudes, con cargos oficiales y con contingencias de nacimiento y fortuna. En todas las clases y en todas las pasiones, las instituciones sociales añaden a la principal y real existencia de cada individuo una imaginaria y mercurial existencia.

Si el corazón humano no es capaz ya de recordar sus principios naturales de orientación, ello obedece a la intervención dañina de las prácticas sociales, legitimadas con el marchamo de autoridad de la institución. Se dibuja con ello un estudio en toda regla acerca de lo que actualmente calificamos de *emoción política y teoría crítica de la sociedad*. La deuda de nuestro presente con estas cartas de Sophie de Grouchy es innegable. En ellas se apuesta por una radical reforma de la educación moral como preámbulo de una vida civil armoniosa y satisfactoria. No hay aceptación alguna aquí de la lógica del sacrificio ni justificación del sufrimiento humano en beneficio de la consecución de bienes mayores a escala colectiva. Ninguna razón no humana, esto es, no simpática y respetuosa con la radical igualdad de todos los seres humanos, hace aparición en las páginas de una pensadora que se torna a ojos del lector tanto más deliciosa cuanto más se advierte que sus cartas fueron redactadas en medio de la violencia, la amenaza y el afán de poder, sin que ninguna de estas fuentes del mal logaran hacer mella en su ánimo. Las cartas no exhalan en ningún momento resentimiento ni ánimo de revancha. No se trata de negar la razón a unos para entregársela a otros, a saber, quienes están en lo cierto. No hay certezas en esta obra de reacción ante la vía regia empirista que la moral de Smith comenzaba a imponer en la Europa continental, sino elogio de la conducta simpática, como trampa interior que nuestro apesadumbrado ánimo pone en acción para no dejar de acceder a una exterioridad que nos salva del infierno del fuero interno. Nada más ni nada menos. El horizonte contemporáneo de la teoría moral en España, tan ligada a una Transición que ni de lejos acumuló la tragedia existencial del tiempo revolucionario en Francia, experta en la fabricación de prontuarios prácticos de tan fácil digestión como olvido, tendría mucho que aprender de este discreto

regalo entregado por una pensadora convencida de que el sentimiento nos constituye tanto o más que la razón y de que su educación y cultura representa el auténtico eje de una ciudadanía saludable y consciente de sus vínculos internos más irrenunciables. Disfruten de la lectura sin esgrimir los acostumbrados anteojos frente a las víctimas del patriarcado que seguimos siendo todos. No pretendan tampoco, como los maquilladores profesionales de la historia de la filosofía, desnaturalizar a nuestra autora, que solo aspira a vindicar un único público, a saber, el sensible a lo bueno y lo bello, interesado en superar los prejuicios que nos alejan de otros seres. Hay afirmaciones de De Grouchy insuperables en la actualidad. También las voces femeninas tienen derecho a pronunciarse en clave universal sobre los principios que orientan nuestras emociones.

NURIA SÁNCHEZ MADRID
Universidad Complutense de Madrid